

mexicana y, sobre todo de la propia generación de Isla, que no había dado aún frutos poéticos notables. Es el libro de Isla un ejemplo singular, que combina varios tipos de escritura y diversas virtudes: el sentido del humor, la capacidad lúdica y la voluntad de síntesis son, en mi opinión, las centrales. Pero Isla, además, luchaba por no seguir las líneas de moda. Reflexión de la escritura sobre sí misma, pero también escritura irreverente, que anunciaba a un poeta distinto entre nosotros: "Entro al parque / para cubrir el memorandum / pero olvido que la naturaleza / se jubiló en noviembre pasado". Esta anti-solemnidad anima la obra de Carlos Isla. A ella se suman los intentos experimentales de escribir una especie de Renga (en *Domingo*, libro escrito con C. W. Truesdale y Robert Bonazzi) y poesía concreta (en la parte final de *Maquinaciones*, donde propone una suerte de poema para armar, susceptible de ser escrito por cada lector).

La hora quieta, el último libro publi-

cado por Isla (uno más, según sé, verá muy pronto la luz), no es ajeno a esta diversidad. Junto a los juegos de palabras y las bromas literarias de la sección "Copias al carbón", *La hora quieta* incluye unos cuantos poemas notables por su precisión formal pero, sobre todo, por su hondura moral. Unos pocos temas —la soledad, el amor, el sueño— y una sola obsesión —el encuentro con el propio destino— los recorren.

En los últimos años, Carlos Isla dedicó la mayor parte de su tiempo a escribir novelas costumbristas o históricas, que tuvieron cierto éxito. En la intimidad aún escribía poesía. Hoy, cuando lo he vuelto a leer, me angustia pensar en todas las posibilidades que se truncaron con su muerte; aunque, como él escribió en un breve poema de *Maquinaciones*: La muerte es sólo una palabra / Y yo la he inventado / (Tengo licencia poética).

día y los lobos de la noche. El no es un hombre del crepúsculo. Prefiero imaginario en el amanecer, despierto después de una larga noche, esperando que saigan los colores del día para concluir su vigilancia. En su palabra no hay arrebatos porque en él alienta la certeza y la esperanza del amanecer.

Es también un poeta edénico. A la luz de la infancia, su palabra nombra un tiempo y un lugar. El poeta, depositario de la palabra de Adán, el hombre encargado de nombrar el mundo tal y como era ¿es, será? en la eternidad, antes de la caída, tiene ese deber para sí mismo y para el mundo. Louis Aragon, al afirmar que tocaba al poeta hacer una nueva declaración de los derechos del hombre, incluía entre los primeros el de nombrar. No se trata de un nombrar cualquiera. El suyo es un bautizo, un nombrar fuera del tiempo. Cada palabra suya es una consagración; la reconciliación alienta en cada una de sus frases. Reconciliación del Padre en el Hijo, del objeto con el logos, de la mirada con la carne. Esta reconciliación de la circunstancia ambiente con el mundo originario es quizá, como quería Baudelaire, una de las características de la belleza moderna o, más esencialmente, un rasgo del arte cristiano. No se nos oculta que esta reconciliación tiene un precio. El poeta hace el sacrificio de su identidad para que las cosas hablen a través de él y desprecia el vivir anecdótico en la medi-

UN DINTEL PARA ELISEO DIEGO

por Adolfo Castañón

ELISEO DIEGO, POETA rápido y ligero, es dueño de una canción hecha para cantarse en un grupo reducido. Por así decirlo, su palabra se confía de persona a persona. Poeta cubano, es un

poeta de puertas adentro, de la penumbra y de la intimidad. Es un poeta de la penumbra también en un sentido figurado: vive su poesía indecisa entre el sueño y la realidad, entre los perros del

La vida (a)leve

ELISEO DIEGO

Quando Eliseo Diego lee poemas en inglés,
adquiere un extraño parecido con Joseph Conrad.
La sala se condensa en serenas penumbras,
el whisky se refresca con el viento que mueve las cortinas
y el olor a tabaco negro lo rodea
hasta dejarlo solo, al paio,
y lo escuchamos sin quitar los ojos
de la mancha que aparece en el muro.
Quando Eliseo Diego lee poemas en español,
la alegría es una pequeña isla en tierra firme,
el humo del café copia la trama de los tapices
y un gato que nunca volveremos a ver cruza,
como un equilibrista,
las fotografías de la familia.
Entonces lo escuchamos con los ojos cerrados.
La mancha en el muro ha empezado a crecer.

Francisco Hernández